

I

(Año 153 a. C.)

El sol estaba a punto de ponerse tras los cerros agrestes y salvajes que el gran río, el *Douro*, cortaba a cuchillo, justo en el lugar en el que otro río, más pequeño y menos caudaloso que el primero, se fundía con él y lo penetraba, igual que antes había ido penetrando las tierras que atravesaba. Un joven, con el cabello muy negro y largo, recogido con una cinta que cruzaba su frente, escondido tras unos arbustos, vigilaba el valle que se extendía frente a él, cubierto de aliagas, espliegos, carrascas y coscojales. Parecía un joven guerrero pues a su lado descansaba un escudo redondo cubierto de pieles y colgando del cinturón, que servía para sujetar su corta túnica y el pantalón, tenía una espada de antenas de doble filo, forjada con un excelente acero, capaz de cortar cualquier cosa y un pequeño cuchillo en su vaina y, entre las manos, apoyándose en ella, sujetaba una lanza. No había la menor duda. Era un guerrero, un guerrero vetón pues junto a él había un *sagun*, el traje que utilizaban los vetones, negro y áspero, pero muy eficaz contra el frío. De momento no lo necesitaba pues el día había sido realmente primaveral y la temperatura muy agradable. Pero cuando el sol se pusiese tras el horizonte y las tinieblas se adueñasen del paisaje, el frío se haría notar y se agradecería disponer de un buen *sagun*. Claro que no era el frío lo que en aquellos momentos más preocupaba al joven guerrero sino el destacamento de caballería romana, la *turma*, que en aquellos momentos cruzaba el valle que se extendía a sus pies y a la que el joven guerrero,

junto a sus compañeros, habían venido siguiendo durante todo el día. Seguramente la *turma* romana, integrada por unos treinta jinetes, era la avanzadilla de reconocimiento de un grupo mayor pues no era habitual encontrar destacamentos romanos por aquella zona, tan al norte y al oeste de su zona de influencia. Los habían descubierto a mediodía y desde entonces seguido, con la esperanza de que les condujesen al destacamento al que pertenecían y a su campamento y así valorar las acciones a realizar. La verdad es que no eran muchas, pues ellos eran un grupo reducido de unos cuarenta hombres, todos vetones, que sobrevivían del saqueo y del pillaje y lo mejor habría sido atacarles en aquella zona escarpada en que les resultaría mucho más fácil vencer a la caballería romana. Pero Ambatus, el jefe de aquel grupo de guerreros vetones, había decidido esperar y seguirles hasta ver a dónde les conducían.

El joven guerrero sintió el chasquido que produce una rama seca al romperse y se volvió rápidamente con la lanza empuñada y el escudo preparado para repeler cualquier ataque.

—¿Arduno, siguen en el mismo sitio sin moverse?

El joven guerrero respiró tranquilo. Era Ambatus, el jefe, el que intentaba acercarse sigiloso, pero no tanto como para no delatar su presencia.

—Sí —contestó el joven guerrero que respondía al nombre de Arduno— Es cómo si estuviesen esperando a alguien.

—Pues si es así nosotros también esperaremos. Quizá sea alguien importante y podamos obtener un buen botín.

—Pero en ese caso, lo más probable, es que traiga una numerosa escolta y venga bien protegido. Nosotros somos muy pocos. No podremos con ellos —contestó Arduno, que no veía nada clara aquella estrategia.

—¡Esperaremos! —contestó sin más explicaciones Ambatus— Sigue con los ojos bien abiertos hasta que te mande a alguien para que te releve.

Arduno ya no se molestó en decir nada. Temía una larga y fría noche. Se incorporó procurando no hacer el más mínimo ruido, cogió el *sagun*, una manta, una bolsa de cuero, la cantimplora y regresó al sitio de vigilancia. El sol ya hacía tiempo que se había ocultado y las tinieblas se iban apoderando del paisaje, pero todavía había la suficiente luz como para comprobar que la *turma* romana seguía allí abajo, en el mismo sitio. Habían acampado y sin duda se disponían a pasar la noche allí, pero no habían encendido fuego. No querían que este les delatase y ser atacados por sorpresa. Arduno se puso cómodo sin perder de vista al grupo de romanos. Se colocó el *sagun* de lana negra y se cubrió con la capucha. La manta la dejaría para más adelante cuando el frío de la noche arreciase. Abrió la bolsa de cuero y extrajo un trozo de queso curado, un pedazo de carne seca y una buena hogaza de pan de bellota y bebió de la cantimplora. Todavía le quedaba bastante *caelia*, la espesa cerveza de trigo tan reconfortante. Dio un bocado al queso. Estaba bueno, pero nada que ver con el que preparaba su madre, tan sabroso que se deshacía en la boca. Echaba de menos su hogar, las cenas alrededor de un fuego reconfortante escuchando las historias que su padre, Reburrus, relataba a la vuelta de sus viajes por toda la Península Ibérica. Arduno, hijo de Reburrus, de la *gens* de los Toutonos, había nacido hacía unos veinte años en el castro de Salmántica, o Helmantike, o Salmatida. Pues de todas esas maneras lo llamaban dependiendo el origen del que lo hiciese. Lo cierto es que Salmántica era uno de los castros más importante y populoso del pueblo de los vetones, situado al norte del territorio que estos ocupaban en el límite con los vacceos, pueblo vecino que en más de una ocasión les habían ocupado, lo que hacía que muchos les confundiesen con ellos. Pero había una notable diferencia, su pueblo, los vetones, eran fundamentalmente ganaderos, mientras que sus vecinos, los vacceos, eran fundamentalmente agricultores. Mejores relaciones tenían con sus vecinos occidentales, los lusitanos, con los que formaban frecuentemente alianzas para luchar contra los

pueblos vecinos, tanto del norte como del sur. Las peleas y enfrentamientos entre las diferentes tribus y pueblos eran frecuentes y venían de tiempos inmemoriales. Formaban parte de su forma de vida y los vetones eran buenos guerreros, criaban buenos caballos que les servían para vigilar y conducir sus ganados y eran apreciados como jinetes. Sin embargo Reburus, el padre de Arduno, no era un guerrero. Se dedicaba a mercadear con todo lo que pudiese ser vendido o comprado de un lado a otro de Iberia y, cuando regresaba a su casa, en Salmántica, llegaba cargado de productos extraños y valiosos y les hablaba de unas gentes, los romanos, que venían del otro lado del mar y se habían establecido en la parte oriental de la Península Ibérica, que estaban mucho más adelantados que cualquier otro pueblo de Iberia. Sin embargo no lo decía orgulloso sino con tristeza, pues decía que era un pueblo belicoso que no descansaría hasta haber conquistado toda la Península.

Cuando Arduno nació, todavía Salmántica no había caído bajo el yugo romano. Su madre tuvo un parto lento, pero sin sobresaltos. Y después de lavarle y fajarle, las mujeres le dejaron en el suelo para que recibiese allí las bendiciones de la Madre Tierra y abrieron la puerta de la habitación para que entrase su padre. Este había retrasado su marcha esperando que el parto llegase pronto, pues el oráculo al que habían consultado en Deóbriga había anunciado que se adelantaría. Cuando su padre entró en la estancia en la que le habían depositado, acompañado de algunos vecinos, que actuarían de testigos, cogió en sus brazos al recién nacido reconociéndolo como hijo suyo, verdadero y legítimo, levantándolo en alto.

—¡Que los dioses te acompañen y te guarden pues se aproximan tiempos difíciles! —exclamó al tiempo que entregaba el recién nacido a su madre.

Efectivamente, su padre, yendo de un lugar a otro de la Península y estando en contacto con las diferentes tribus y pueblos que la habitaban, veía como el yugo romano cada vez se iba extendiendo más

y los gobernadores de las provincias, al llegar a estas, lo único que querían era enriquecerse antes de tener que abandonarlas y dejar su lugar a otro que haría lo mismo. La situación de los habitantes de las provincias cada vez era más precaria pues los impuestos que les imponían cada vez eran mayores. No estaban en mejor situación las tribus y pueblos que estaban fuera del yugo romano, pues cada vez eran más frecuentes las expediciones de las legiones romanas en los territorios fronterizos, aprovechando cualquier excusa y con la única finalidad de obtener buenos botines de todo tipo.

En el castro de Salmántica Arduno crecía feliz correteando por las riberas del Salmantia, que discurría caudaloso junto al castro, especialmente en primavera cuando la nieve de las montañas lejanas, que desde la parte más alta del castro se vislumbraban a lo lejos en los días claros, se derretía y el caudal del río aumentaba. El castro, situado en lo alto de un abrupto cerro donde el río era más vadeable con un escarpe inaccesible que formaba una auténtica muralla natural, había ido creciendo estando sólidamente fortificado el resto, con unas poderosas murallas construidas con grandes sillares de piedra arenisca de más de cuatro metros de anchura y rodeado por un foso en las zonas en las que resultaba más accesible. Tenía varias puertas de acceso, la principal en la parte noreste, y otras de menor importancia en los laterales, todas ellas protegidas por campos de piedras hincadas puntiagudas para impedir el acceso. Arduno vivía en el barrio de los artesanos, donde su padre vendía los productos que traía de sus continuos viajes, principalmente hacia otros castros también habitados por vetones, como eran Deóbriga, donde había un famoso santuario y un oráculo, situado en el corazón del territorio vetón; Capara, ya junto al territorio de los lusitanos, un pueblo amigo con el que tenían continuos contactos, y también al este de la península, donde había numerosos pueblos bajo el yugo de los romanos. Arduno vivía feliz y despreocupado, aunque las conversaciones que a veces oía tener a sus tíos con su padre, cuando este

volvía a casa, no parecían ser muy halagüeñas. Pero no entendía qué decían y pronto se olvidaba de ellas, preocupándose tan solo por corretear entre los olmos, negrillos, álamos y sauces que bordeaban el río, poniendo trampas para capturar liebres, conejos, verderones o pescar en el río si Salamati, el dios de las aguas, lo permitía. Por eso nunca se olvidaba de ofrecerle alguno de los peces, tal y como su padre le había enseñado, cuando la pesca había sido abundante. Menos gracia le hacían las lecciones que su padre le daba, cuando estaba en casa, entre viaje y viaje, enseñándole a leer y escribir. Nadie en su hogar, excepto su padre, sabía leer y escribir, ni tampoco el resto de los habitantes del castro, ni siquiera los guerreros y los ancianos de la Asamblea que gobernaban la ciudad y, por supuesto, mucho menos los chiquillos de su edad con los que jugaba en las choperas del río. Sólo su padre sabía hacerlo y parece que lo había aprendido en sus continuos viajes a tierras dominadas por los romanos. Y no entendía por qué él debía aprender, si le quitaba tiempo de jugar y corretear por el castro y sus alrededores. Pero su padre se había mostrado inflexible: lo iba a necesitar cuando fuese adulto y le sustituyese en el comercio. Igual que tampoco entendía por qué tenía que aprender el manejo de las armas y adiestrarse en ellas si iba a ser comerciante y no guerrero. Pero su padre también se había mostrado inflexible: debía aprender a manejar la espada, la jabalina y a defenderse con el escudo. Corrían tiempos difíciles y se avecinaban tiempos turbulentos, según decía, por lo que ser diestro en el manejo de las armas podía resultarle muy útil. Por eso le puso bajo la instrucción de un antiguo guerrero, que ahora sobrevivía adiestrando a jóvenes en el manejo de las armas. Esta ocupación, aunque no era del todo de su agrado, sin embargo le gustaba más que el aprendizaje de la lectura y la escritura, pues era más entretenida, aunque realmente a él lo que le gustaba de verdad era escuchar las historias que su padre contaba de sus viajes y aprender los nombres de las mercancías con las que su padre mercadeaba. Estaba ansioso por acompañarle en

los viajes que este realizaba y que le había prometido que haría en cuanto alcanzase los dieciséis años.

Así transcurrió su infancia, entre juegos y lecciones, disfrutando de las fiestas que en el castro se celebraban al finalizar cada estación o después de haber conseguido los guerreros un botín sustancioso, tras duros enfrentamientos con algún pueblo o alguna tribu lejana. O también con lloros y lamentos tras haber sido derrotados y haber perecido en el combate un buen número de valerosos guerreros. En ambos casos el sacrificio a sus dioses era imprescindible: Vaelius, divinidad infernal y funeraria; Ataecina, con atributos de divinidad lunar o Bálaro, divinidad que preparaba a los vetones para su lucha en campo abierto, o a cualquier otro de los muchos que eran venerados. Cuando Arduno cumplió los dieciséis años y cambió su vestimenta de niño por la de adulto, Reburros, que ya llevaba un tiempo preparando su próxima partida, le dijo que se preparase. Iban a ir a Deobriga, importante castro vetón y lugar donde estaba el más importante santuario, al que acudía gente de todos los lugares de la Península. Arduno, que solo había correteado por las riberas del Salmantia, y no había visto ningún otro castro, se quedó admirado de la contundencia que presentaban las murallas defensivas del castro, bien adaptadas a la morfología del terreno, sobreponiéndose los tramos de la muralla con dos lienzos que adoptaban a la entrada una posición paralela dejando entre ambos un espacio libre y estrecho para pasar. Su padre no dejaba de protestar por la estrechez del espacio que ralentizaba el paso de las mercancías y en muchas ocasiones había que descargarlas para poder introducir las, pero Arduno, sin ser un guerrero, entendía lo útil que resultaba a la hora de defender el acceso. Más impresionado, si cabe, quedó al penetrar en el castro, una vez superado el recinto amurallado y encontrarse con varias calles en las que se alienaban las casas a ambos lados y unos edificios más grandes donde se concentraban los artesanos, alfareros, herreros, etc. En la parte más alta y mejor protegida del

castro se encontraban las casas de los guerreros y de los ancianos que formaban la Asamblea del castro. Fuera de las murallas y en una zona muy elevada se encontraba el santuario, un sólido receptáculo con una estancia rectangular, toda ella labrada en la roca. En uno de los lados había una gran peña, donde una escalera doble de seis y nueve gradas, orientada al pico más alto de la sierra, daba acceso a una plataforma con dos concavidades comunicadas entre sí. Una de ellas vertía en una tercera, la cual comunicaba con la parte inferior de la peña con un canal. Hacia allí se dirigieron Arduino y su padre, acompañados de varios criados que llevaban un cordero y un cerdo para ser sacrificados. Entregaron los animales a los sacerdotes que los sacrificaron haciendo correr su sangre y extrayéndoles las vísceras que, antes de quemarlas, examinaron con detenimiento. Lo que vieron debió de ser de su agrado pues, después de sonreír a Reburrus, marcaron la frente y las mejillas de Arduino y le auguraron un largo futuro, un tanto incierto y no exento de dificultades. Para Reburrus, que profetizasen a su hijo un largo futuro, en aquellos turbulentos tiempos en los que les había tocado vivir, era más que suficiente y, después de dejar a los sacerdotes algunos brazaletes y algunas fíbulas, abandonaron el santuario dispuestos a emprender su camino. Desde aquel momento Arduino se convirtió en la mano derecha de su padre y este pronto se percató que su hijo tenía una habilidad especial para entenderse con toda clase de gentes. Hablasen la lengua que hablasen Arduino terminaba entendiéndose con ellos y hablando su lengua. Los conocimientos en los que su padre le había instruido de la lectura y la escritura pronto se revelaron muy útiles a la hora de realizar las transacciones y también el adiestramiento que había tenido en el manejo de las armas, pues, sin ser un guerrero, le sirvió para enfrentarse con éxito a todos aquellos que trataron de avasallarles al ver que eran unos simples mercaderes. De todos aquellos sucesos quizá el que más huella dejó en el joven vetón fue la primera vez que vio una legión romana.